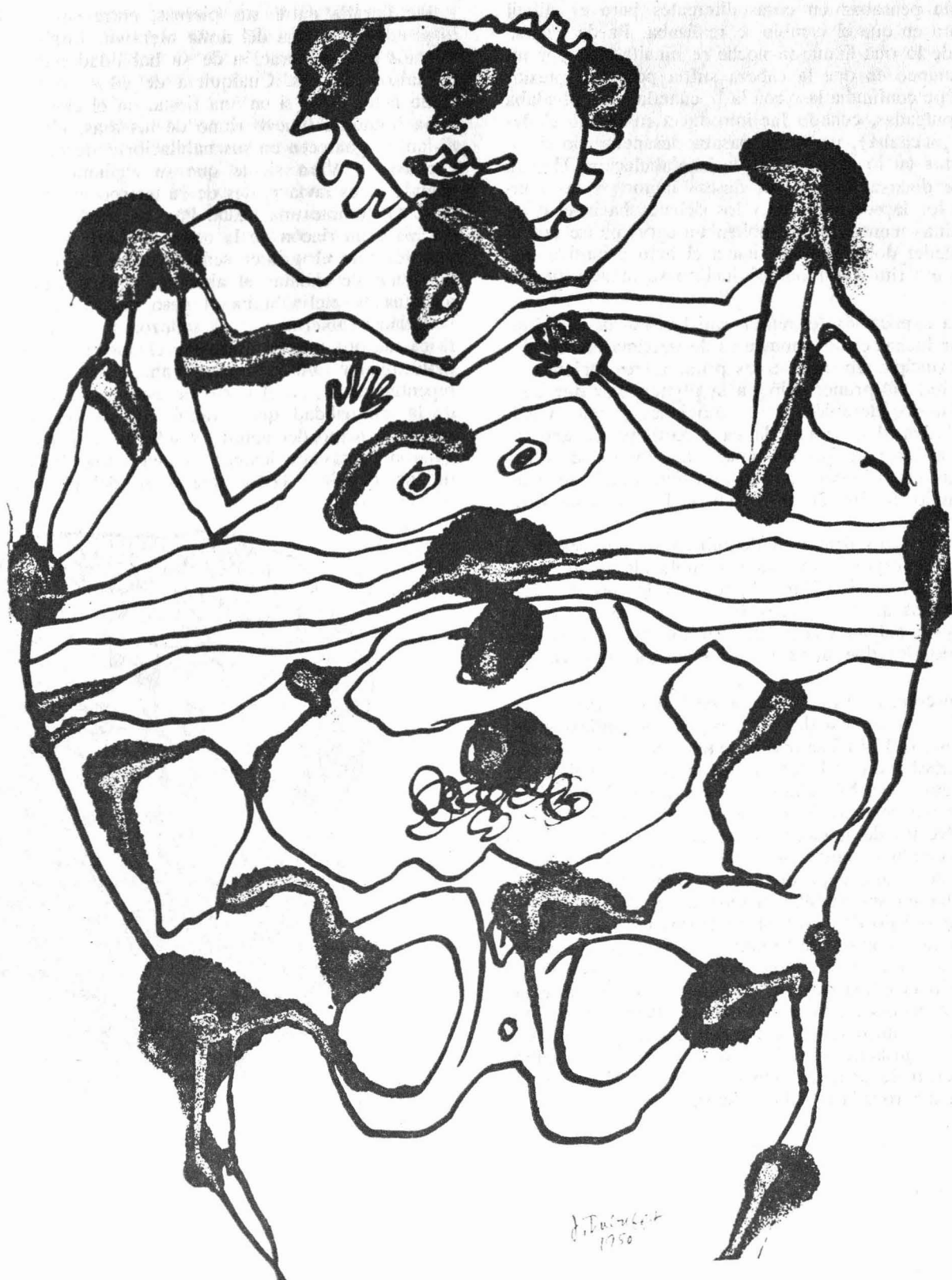


Luis Carlos Emerich

SEÑAL TERCERA

[dibujos de Jean Duboffet]

a Antonio mi hermano



SEÑAL TERCERA

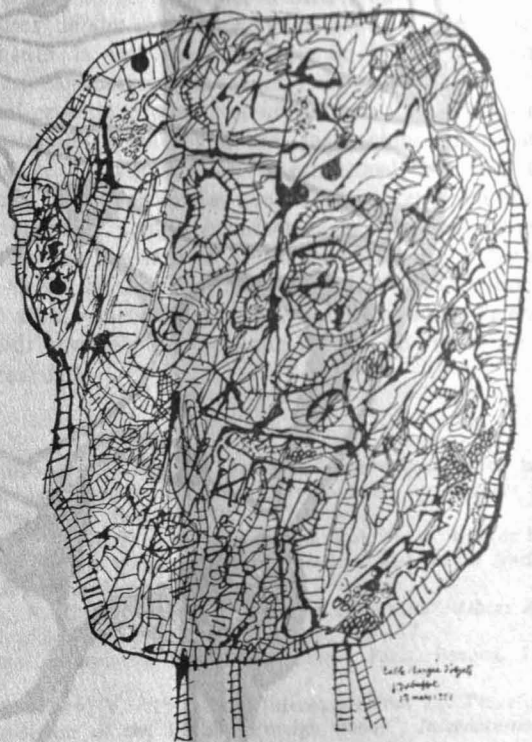
Durante el día pensaban en cosas diferentes pero es difícil precisar la hora en que el cambio se realizaba. Puede decirse que el inicio de lo que llamaron noche se manifestaba por un mareo momentáneo en que la cabeza sufría pequeñas presiones (cuando Poc confundía la v con la b, cuando Vera olvidaba su escala de pulgadas, cuando Jac introducía en su ojo el delineador y se pinchaba), pero esto pasaba desapercibido si estaban absortos en los detalles de la confabulación. Habían consumado de diversas formas sus deseos íntimos y las transiciones entre los lapsos de furor y los deberes hacia el exterior eran cortinas tenues que los obligaban a orientarse por el tacto, a retroceder dolorosamente hacia el acto primitivo que los saciaba, a ese rito que modificó incluso su manera de hablar.

Pretender la explicación, el retrato satisfactorio de esos lapsos, concentrar luchas en los momentos de máxima ofuscación, es volver al principio abstruso, a las primeras revelaciones de lo incomprensible: al primer golpe, a la primera voz que conduce a su posterior desunión, a sus traiciones mutuas. Cualquiera frase relativa al tema nos obliga a participar, a agredir. Ellos vuelven al lenguaje que los separa, que los reduce y encierra, pues sus voces desvanecen la atmósfera donde se mueven (aun cuando el aire las absorba y la humedad las esterilice).

Ellos ríen al mismo tiempo si descubren sus reflejos en el aire. Miran sin interpretar sus caras complacidas y abren la boca y guiñan los ojos al hablar del amor que los une. Se sientan sobre la alfombra. Oyen discos. Conversan (hoy, hace mucho tiempo) y se palpan y se reconocen ahí donde se han citado como todos los días hasta la fecha en que todo cambió (hoy).

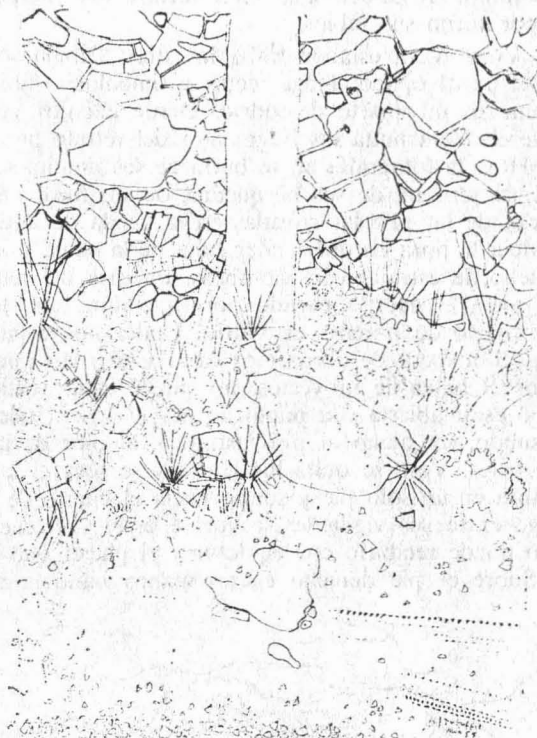
Una señal oscureció el desenlace, amplió sus errores: Vera, con la vista fija en la luna del ropero, pudo identificar el reflejo de su rostro. Todo cambiaría, pues afuera de su casa, cerca de un arbotante o del depósito de cigarrillos, había una voz que lo seguía, que lo vigilaba: un ser que él llamó globo de calor o primer abandono del lecho materno. Traspuesto su impulso silvestre de golpear, de patear las caderas de su madre, quiso cambiar simultáneamente su manera de vestir, su manera de verse al espejo; olvidar las manchas ocre y negras que dejaba en sus mejillas la navaja de afeitar y quiso también buscar debajo de su cama los trozos irregulares de la fotografía tres meses antes destruida; y su voz, su voz ronca y temblorosa, su risa sobresaltada recrearía entre sus compañeros de trabajo el clima adverso, el repudio tácito que exaltaba su imagen renovada. Su risa o sus pantalones tenían un lado reversible, incontrolable y contenían claves y la primera arma que en este instante, cuando se mira al espejo, descubre unida al recuerdo de Jac, al momento en que ella abre su bolsa y saca el dinero y la botella de licor.

Jac llevaba entre sus piernas, entre sus deformidades, la longitud y la fuerza del arma ofensiva. Implican los descubrimientos la consideración de su habilidad para llenar los días de falsos rumores. Cualquiera de ellos podría haber despreciado a los otros si en una fiesta, en el cine o en la calle hubiera intuido el nuevo ritmo de los días. Hoy, Vera y Jac se aíslan, se guarecen en sus habitaciones decoradas antes del encuentro. O Vera siente que su vigilante lo ha abandonado cuando él extravía partes de su cuerpo en la blandura del espejo. O durante una fiesta, Poc, haciendo acopio de valor, se deslizó a un rincón de la estancia donde todos pudieron verlo y lloró. Fue el primer señalamiento; todo se contuvo en el momento de exhalar el aire: los brazos parecían asir masas amorfas, la piel vibraba al peso del silencio o ante el vacío vertiginoso abierto por el sollozo. Y la reacción puramente física fue una prueba del juego clandestino que noche a noche moldeaban y nutrían con su vaho. Volverán a cada instante, repentinamente, en el curso de estos días, a dudar del ahogo, de la inmovilidad que levantó la base del monumento. Poc sacó una mano del ámbito y soltó la marca que siempre imaginaron demasiado lejana. Es una fotografía donde el cuerpo de Jac, debido a la luz que surgía del piso, se agigantaba y



tocaba el techo. Sus caderas vibran al bailar (Under recordaba la música cuando se metía en la cama con un extraño) y ofrecen la pauta de recuerdos que alienta la primera aparición de Under en los gestos de sorpresa, en el impacto de la primera señal. Vera está borracho y sin lentes, sentado a la mesa viendo la tabla sucia y pegajosa, una botella vacía y un pedazo de pan. Detrás de él baila Under; su chamarra crea un fondo móvil a la cabeza de Vera. Poc se ha levantado del suelo y marca un disco con las uñas. Hay otra persona situada en el lugar a donde la luz del flash no llegó. Ríe de algo y parece buscar con la vista a quien dispara la cámara. Más luz hubiera dado una idea de realidad a la escena, pero el borde nebuloso y la silueta oscura de la otra persona intentan descargarla del significado inmediato, memoria del momento. Hoy se lucha así, sin más. Y sus cuerpos caen por su propio peso a los vacíos de la historia, al vacío del presente; apresan en su interior nobles intenciones, gestos amables que pudieron ampliar en defensa de su instinto.

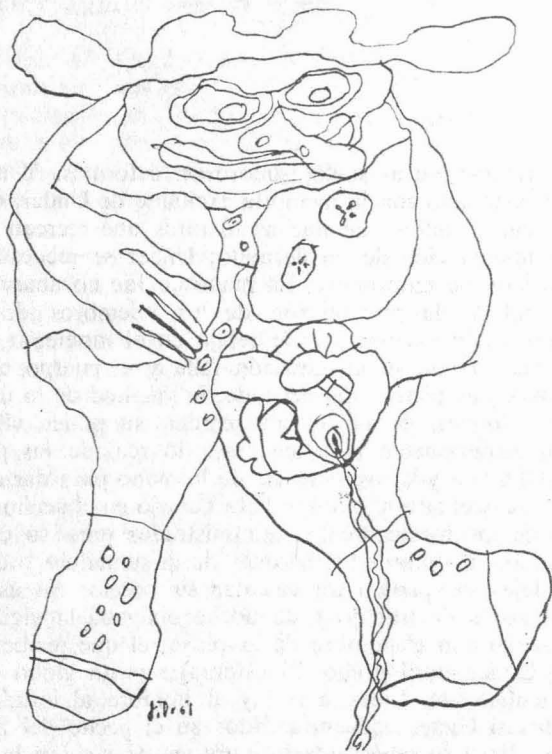
La primera señal bosqueja la zona de acción. Su perímetro sigue los cuerpos rodeando al eje: Under. Señalando su punto de partida: Jac. La gran puerta de la casa reduce a Jac a un punto de su entablado. Ella levanta el brazo para meter la llave en la cerradura. Adentro, como sombras, caminan sus parientes. Jac entraba al cuarto donde sucedió su infancia, donde llegó esta edad sin modificar su estatura. No encendía la luz para sentir cómo su cuerpo obstruía el aire estancado, la memoria de otros días violando al contacto las paredes, el contorno oscuro que así la moldeó y la educó. Se detenía: la oscuridad inutilizaba los ojos y guiaba su mano contrahecha a medir su hombro como si una niña violara sus formas ante un espejo para invocar su vejez, su futuro y luego se estremeciera al regresar a su verdadera imagen, al dibujo que los dedos y una ley injusta trazan sobre su piel. Soltaba su pelo para arrastrarlo y comprobar su tersura o su rigidez según el día o su deseo, según produzca dolor o placer la llaga que marca el ombligo de una mujer normal y la altura del cuerpo de Jac. Poc confundió con asco el sentimiento que esta evocación le producía; y al tocar los papeles, los cheques sobre el escritorio, la máquina sumadora y los buriles, sentía la blandura obscena de sus propios miembros. En el baño devolvía la comida como en un acto litúrgico. Eran las caderas, el ombligo y la esfera del vientre sostenida por una nube ascendente de vellos, partes concluyentes, vitales de la imagen. Jac tenía sexo, a pesar de todo. Y su paso era corto y sus piernas insuficientes para salvar la altura de las banquetas. Poc la ayudaba a subir diariamente los escalones del teatro o los peldaños de aquel juego mecánico que nunca terminaba. Jac continuaba el juego descubierto por su mano siete años antes que exaltaba su virginidad si el espasmo contraía su vientre y levantaba sus piernas al aire, hacia el vacío, hacia la oscuridad del cuarto húmedo



y luego regresaban al suelo, sudorosas, deformes. Y al comprometer este acto con la memoria excitante de Under, el cuerpo y el cuarto adquieren nuevas texturas que recrean el motivo: la imaginación de un desnudo; Under se recuesta en la arena al lado de un hombre. La mano de Jac no abarca la visión completa, la provocación de los miembros de Under sobrepasa su invención; Jac se relaja en el momento en que todo huye, cuando su imaginación falla y el cuerpo adelanta el orgasmo. Las piernas del desnudo, la longitud de lo deseado, esa ligera torsión de la cintura pierden su poder vibrátil y entablan groseramente la lucha entre lo real de las paredes, lo real del clima y la insuficiencia de la mano para dar el goce. Y Under se acercaba al hombre para besarlo en el pecho. Y Poc reniega de los medicamentos administrados para su caso; se deshidrataba al oprimir los botones de la sumadora o al pesar las bandejas de plata para calcular su precio. Su estómago latía las horas de trabajo y de noche obligaba la vigilia o el súbito sueño con el hombre de la playa, el que recibe los labios de Under en el pecho. El estómago es un globo que asciende lentamente. Lleva a Poc y al hombre al infinito para asfixiarlos si Under encuentra sudor en el pecho del hombre. Poc, hoy, lleva su sueño intacto entre las noches, en la vigilia,

en el insomnio. Y Under sella, con fechas, los cuerpos que esperan por turno sus labios.

Luego Vera. Vera eslabón traba los días. Dibuja sobre la mesa en el papel opaco. Traza rectas y símbolos establecidos. Su vigilante es un cuarto de vidrio. Desde allí dos personas se ríen de él. Vera junta los fragmentos del retrato para organizarlos. Hoy, la fotografía no se burla de sus dominios, de su amor, de su ternura, de sus búsquedas, de sus hurtos a favor del que ríe, de las pistolas robadas en la tienda de antigüedades. Se aleja la hora en que Under salía de la playa y le mordía el cuello, le estrujaba los hombros. La cara del retrato se aleja, se aleja el cuerpo partido por la cintura que lo mira desde el cuarto de paredes de vidrio. Under no se parece al vigilante, su manera de abrazar es otra. Under no puede caminar por el taller de proyectos, no puede estar vestido. Su ropa debe estar abierta o a punto de desgarrarse. Under debe estar desnudo, ser ajeno al piso asfáltico, al olor de la tinta, de los papeles. Vera se quita los lentes y se seca el lagrimal. Se equilibra en un solo pie y sonríe hacia el cuarto de vidrio. El diálogo entre sus vigilantes se vuelve cruel y el cuerpo en equilibrio puede recibirlo con el dolor y el placer que lo modifican. Sobre el pie derecho es un blanco inmóvil, amplio;



cualquier comentario acerca de su fragilidad es un tiro certero. La fotografía lo mira. Vera desune las partes y encuentra, entre las grietas, el diseño del arma.

Creemos —diría Poc antes de acostarse— en la voz primera de Under, en el instante anterior al beso y no en el recuerdo de su incontinencia. Poc mira su cuerpo blancuzco, su cara albina, su sexo circuncidado y olvida los poemas que leía torpemente ante la grabadora. Recuenta los días, los lapsos en que se gestó su encuentro con lo desconocido, con el juego incierto que exalta cada defecto como una existencia completa e independiente. Desoye los murmullos, las repercusiones anteriores y posteriores al hallazgo de su sexo ejercitado y lavado a diario por sus manos, erecto al negar lo ilícito de sus pulsaciones al hablar, al regalar lo que posee, al obligar a Under, a Jac, a Vera a vivir en lo que compra. Al dar se incapacita, obstruye los caminos que cree engendrar. Rehuye, al desperdiciar sus bienes, la búsqueda (abandonada al evidenciarse) de los objetos, de la riqueza para interferir la eclosión de su calor. Un paso de Poc sobre el escenario es el camino precioso de un ser bello, intuitivo, supuestamente traicionado por la invención de un arma que no se mide por su poder sino por su tallado y sus texturas. Hay una tumba en la galería de espejos donde Poc se masturba. Muere el cuerpo que desea, se desliza entre sus manos y cada miembro exhausto equivale a un estremecimiento suyo, glorificado por pertenecer a su soledad, a su testimonio de muerte, de solemnidad. Y la línea corregida de su nariz es la alabanza de la cirugía, la expresión aclarada de sus dones espirituales. Definir su arma de ataque es caer en las palabras que él se dicta noche a noche, en su persona, en la imagen que Vera representa con autenticidad cuando corrige el retrato de Under.

Vera toma a Jac de la mano y la obliga a treparse en su pecho, a tocarle los lentes y a agazaparse allí con una sonrisa que nulifica la situación; y camina con ella bajo los árboles para evitar la lluvia tensa, persistente, de día de fiesta, de cine, de reunión para comentar la obra de teatro donde Jac dirige la iluminación y el sonido. Caminan juntos: Jac sostenida en el pecho, usando el apoyo por necesidad, hollando el silencio con palabras huecas, comprometidas, porque de otra manera perdería la ocasión de gozar del exterior, de la lluvia que mina paso a paso su deseo de permanecer en el centro de una trabazón útil sólo para liberarla del terror, del autorretrato diario que le exige una vida distinta. Vera, recto, silencioso, olvida por momentos, cuando ríe con Jac, el interior del cuarto donde confunde a Under con un hombre, donde encuentra a Jac dibujada con sangre en el suelo. Y la lluvia es menuda, penetrante en el camino de todos los días hacia la casa de Under. Y la casa es el lugar donde todos preguntan tonterías, donde la situación de los muebles, de la alfombra, es un relato perturbador de lo que ellos ocultan, de la transmutación de



sus cuerpos en arma. Under permanece vivo al final de la historia. El incendio que inician no lo daña porque lo han dotado de un traje intangible, bellissimo. Sólo muere, sólo morirá, el otro, el sustituible, el que desaparece cuando buscan su apariencia en la fotografía. Y la lluvia no rasga la piel, sólo hace descender la temperatura hasta el punto que inicia hoy el desarrollo de la segunda señal, la asimilada automáticamente, sin emoción, por prenderse sólo de los resultados finales.

Under abre la puerta de la cocina, trae en la mano la botella de licor. Sonríe. Ase como remo el cuello de la botella. Se aproxima a la mesa para tomar los vasos, pero abre las piernas. El pantalón subraya la curva de sus muslos, la firmeza de sus piernas. A la altura de sus manos su sexo pesado remarca el filo de la mesa. Sirve el licor y lo ofrece a Jac quien inventa esta escena ante el espejo. O sale del baño Under: la bata abierta muestra parte del pecho, la pelambre del pecho, la hendidura del ombligo. Con cualquier noticia en la boca, mirando directamente a Poc, busca el cinturón de la bata o toca el óleo fresco de un cuadro inconcluso. La bata se abre. Under frota su dedo manchado sobre su rodilla. Dos niñas configuran el paisaje desolador del cuadro. Los rostros, apenas dibujados, son todavía inexpressivos. Poc busca frases acer-

ca de ayer, de un paseo en su coche nuevo para sustraerse al engaño.

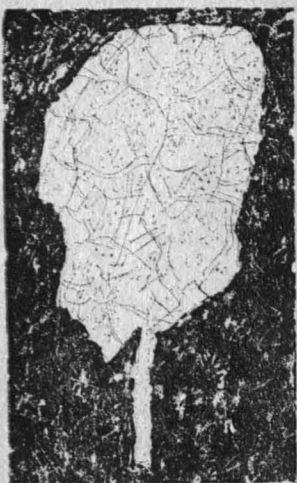
La figura oscura de la fotografía es el dueño de Under y de ella sale a mirar con indiferencia a Vera. Vera palidece, se sume en el sofá, en la contemplación fingida del árbol que se acerca a la ventana, mientras Under le ofrece un bocadillo de carne y mayonesa. Vera recuerda el cuarto de vidrio y por el cuello se adelgaza un globo de calor que contrae la lengua y dilata la saliva. La voz no saldrá ni la mano llegará a esconderse en el bolsillo o a ocuparse en el cierre del portafolios. El olor a comida contamina su aliento, cualquier sentimiento que intente delatar un deseo, sin licor y sin ruido, deberá sustituirse y encubrir la llegada, aún prematura, de la segunda señal. La mayonesa caerá sobre su vientre, la carne resbalará hasta los muslos aunque los brazos contengan la avenida de humores y el apetito se cierre para exaltar su debilidad y su trastorno.

Hoy, cuando interpretan los hechos, cuando se visitan a escondidas porque públicamente están incomunicados, en parejas (Jac y Vera, Vera y Poc, Poc y Jac), hablan hasta desgarrarse, hasta aprehender el tono de su desesperación, la similitud del clima en que entonces naufragaron, pues todo, incluso sus errores, los comentarios acerca de una obra de teatro o del último film, estaba encaminado a la consumación de un calificativo que ellos representan al adherirse a Under y otorgarle significado a su vacío, a la nada que ellos ungieron y sacralizaron. Y a pesar de las evidencias contrarias, el cuerpo de Under fue sólo un intermediario, presencia y depósito de divagaciones, translación de su incertidumbre, el dolor que consienten, los signos que no interpretan. Toda nueva impresión del pasado sobre sus actos, a causa de creer que lo previsible es definitivo, oscurece el juego, redacta normas en un idioma incomprensible. Under fue despojado al sublimarse y dejar a la vista el cadáver de quien ellos nunca quisieron destruir. Una estructura sólida muere en sus manos y Under regresa su última queja, como eco, a la soledad del cuarto donde él adora las trampas empleadas para su violación.

Decir, simplemente, el resto, es traicionar el relato; los hechos reales, los físicos, son puros, demasiado directos, exhalan la naturaleza ficticia de esta narración. Y una interpretación libre permite la fuga de lo tangible y de su lógica. Pero el ocio, pues el sufrimiento del grupo, la soledad que trae la palabra, la duración del respeto hacia Under y a sus provocaciones se deben a él, es una forma de energía, función del tiempo que no hemos podido despreciar porque a su abandono ellos han reconstruido sus vidas tomando una conducta comprensible por la mayoría.

Así:

Jac deja este día la cama a la hora acostumbrada. Su cara oval, blanquecina, recibe, después del baño, las primeras pin-



celadas de una emoción que ella contrapone al día para desvirtuarlo. Ella labra su rostro en la piedra de un muro y lo separa de su cuerpo deforme, reproduce fielmente una imagen que su memoria y no su habilidad preservan del olvido. La mano diestra, conocedora de líneas sugestivas, habilita la fortaleza y las torres para el ataque. El cuerpo entero de Jac habita el torso de una mujer; los pies alcanzan el talle y truncan la estatua; levanta el puente e inicia el viaje hacia el interior de esta nueva casa. El primer paso despierta el brillo del mosaico; sobre el piso (techo del cuarto oscuro, de las masmorras) se yergue sobre las puntas de los pies para que las manos y la cara encuentren el plato sobre la mesa. Jac trepa a la silla y contempla la cafetera lejana a sus brazos. Y Vera toma la escuadra, introduce un dedo en su centro vacío y dispara hacia el cuarto de vidrio. Perfora su visión, el interior del despacho que lo ha reducido a la expresión de un lápiz, a la textura del papel que no le pertenece. Jac bebe la leche de un vaso o come las frituras que la tía prepara. Una bala descubre el blanco, derrumba el techo y el cuarto de vidrio. Vera se resguarda debajo de la mesa de dibujo; ríe a espasmos y con la mano izquierda toca el retrato para destruirlo nuevamente o hacerlo desaparecer despreciando su significado al iniciarse el caos. Vera ignora que su mano acciona una fuerza exterior y elimina a sus enemigos, destroza recintos, dispersa atracciones físicas para comunicarse con sus aliados.

El principio del tercer lapso de esta historia madura bajo la ropa; dibuja el filo de una navaja, el cañón de una pistola o (Vera suspende una sonrisa para enriquecer otra), una bomba, un artefacto incendiario que cabe en el hueco de una muela y su poder es el de una voluta que señala la nueva era de las hazañas inconcebibles.

Con el vestido pequeño, Jac puede cubrir el rostro de Under y amarlo; abrir las piernas bajo el vestido y sentir la cabeza de Under penetrando lenta y dolorosamente, rompiendo al invadir los vestigios de la civilización que habitó parajes interiores, borrando de las paredes dibujos de bestias, de hombres. Mujeres castas, hombres puros, el fuego del hogar y el horizonte son arrasados por la corriente prometedora de la cabeza que abre los ojos y mueve los labios en el interior de la caverna. Pero Jac desea más; mientras es poseída su cara especula con cantidades, con datos, hace estadísticas de resultados. Y un momento antes del orgasmo, el primero en su vida, duda, se arrepiente, porque su vientre está solo y ella, sentada, come otros alimentos y si entrega su cuerpo reconoce a Vera en Under, a Poc en sí misma, porque Jac es la fealdad de Under y come el alimento especial preparado por la tía para su estómago endurecido, para sus dientes maltrechos. Y al sentarse a la mesa, puede regresar al comienzo, caminar sobre la mesa para alcanzar la cafetera y atenuar sus sospechas. Porque en el juego que hoy culmina, Poc amará a Under y no a

ella, utilizará su bondad para aquietarla en la silla rodeándola de cánticos para confundir su ocio y ocupar su tiempo. Ella permitirá, como Poc, el señalamiento de sus partes deformes, de los contornos caprichosos que la hacen embonar en el enigma. Y sin rencor contribuirá al engranaje. El curso de las cosas es ya irremediable. Pero Jac baja de la silla y con su entrepierna ilumina el paisaje: Poc se acerca al espejo y se desnuda buscando la nueva señal que dirá que él es otro, la solución de un sueño por venir, el devenir de laberintos y escaleras, el olor a rancio de los alimentos, el hedor de los túneles que transita para ser evacuado. El retrato hecho pedazos, el hombre en la playa, el hombre desnudo y su signo obscuro no es Under, no es Vera y Vera no lo conserva, fue roto y arrojado bajo la cama para contrarrestar el sueño e impedir la excitación desmedida y sin descarga; fue quemado; sus cenizas esparcidas entre el vello del pecho protegen del desastre o cruzada sobre la frente recuerda nuestro destino, pero crea la invulnerabilidad, es contrafuerte que de noche convierte estupidez en licor añejo de ingestión peligrosa. El sopor llaga el cuerpo; una blasfemia penetra los cuerpos; el espejo se dilata y tensa la piel. Y Poc mira cómo Jac se lava los dientes, cómo retira de su muela cariada restos de carne; Poc mira a Vera lamer su lápiz, acariciarlo y honrarlo, depositar ofrendas de papel a su punta afilada; Poc mira que lo creado por él es bueno y revalora los actos por venir: señala este día comburente: hoy explotará su amor.

Jac retoca la línea de sus labios, toma la bolsa que almacena su polvera y su energía. Afuera de la casa, aguarda el carruaje, la nave. Vera es parte del espacio que se recorrerá. Vera es un espasmo en el camino, las quejas, el rumor de la nave. Vera sabe la verdad: Under se afeita a diario para ir a la oficina; atiende instrucciones en silencio; cuando va al cine se duerme a media película; no termina la lectura de libros porque no comprende tramas ni desenlaces; duerme la siesta; eructa después de comer; hace ejercicios abdominales para evitar el estreñimiento. Pero el camino de Jac está descrito en el espacio sobre Vera, sobre el espejo donde Poc estudia rutas y una posible emboscada que anule a Jac, que impida a Jac cometer lo que él tanto desea. Pero el espejo es un medio insuficiente; colocar las manos sobre él, mancharlo desesperadamente, son actos que lo opacan. Y en este momento, cuando el dedo de Poc embarra la superficie, todo el cuerpo intercede por un nuevo, doloroso método de persuasión: cesar hostilidades o propiciar la metamorfosis de los miembros generosos al acudir al llamado de alarma: Poc cede a la deformación, a su caricaturación para consumir su traslado y suplantar a Jac en la búsqueda de la tierra de promisión, cuando ella en su nave mira un exterior espléndido, floreciente al mediodía, aspirando ese aire puro que la congestiona.

Se detiene la nave. Jac baja, y Vera es una línea ascendente

que conducirá sus pasos. Al final de los brazos de Vera se extiende sobre ansias el cuerpo de Under, buscando acomodo en su sombra, exhalando perfumes: Under es el prometido, la tentación que desarma el paraíso.

Jac se aproxima. Vera provoca la penumbra, desvanece la sombra que sostiene el volumen de Under. La risa de Jac es un recinto inofensivo. Jac abre su bolsa y extrae una fotografía tomada en el seno de una reunión. Under se estremece: cuatro niños caminan por la playa tomados de la mano, el sol agrieta la arena y la ablanda para tragarlos. Los niños están desnudos. Sorteando sus risas marcan la arena. El agua y su ruido tragan sus pasos. Un yacimiento de sal espera su llegada. Son los niños de siempre y el lago de sal se repite en ciclos, como sueño... Jac retira la fotografía. Vera renueva el aire: Poc calla aunque Jac traicione los propósitos del grupo; reúne fuerzas para anticiparse a la venganza y dominar el cuerpo de Jac donde él yace: se reduce a la longitud de su sombra, al nivel de sus piernas; lastima el interior de su piel, deposita en ella la energía que lo traicionará. Poc y Vera han cedido sus deseos para engrandecer a Jac. Under mira el cielo raso donde Vera toma diversas posiciones para sonreírle; su brazo izquierdo se entrega a la tierra, a los hombros de Jac. Ella ase el remo que embriaga a Under, lo sumerge en el suelo, a un lado de la alfombra. Under, recostado, navega de espaldas. Vera mueve la casa sobre el mar.

Poc se desnuda y arroja su ropa hacia el mar a través de la boca, de las palabras de Jac. Huirá por los brazos, por las puntas de los cabellos, pero los laberintos conducen hacia sí mismos y sólo es posible huir por el juego. Poc baja hacia el vientre de Jac y oye la voz de Under y la ama y cree en ella y lo hace mirar a una mujer con un brazo tullido que reposa sober un campo de trigo. Under contempla la casa de la mujer; el viento de la tarde desliza suavemente la ropa de una cuerda hacia el suelo; un perro ladra; una lámpara se enciende y remarca una ventana; se oye la voz de la mujer que llama por



su nombre a la tullida; el viento y la voz carcomen el cuerpo de Under. Jac retira la segunda fotografía. Vera es el horizonte erizado hacia el cual se dirigen y si él ignorara la verdad de esta historia, sustraería su cuerpo de la escena, dejando en el aire, sin forma, la piel de una víbora; pero él ha dedicado su vida a esto: ama su escritorio y su lápiz, ama la fotografía destruida, ama el cuarto de vidrio que lo vigila y, por placer, por saberse útil y reconocido por todos, despliega su cuerpo, el clima, su nombre real: Vera.

Y el rostro de Jac vibra, fascina la verticalidad de la hierba que al secarse consumirá el fuego.

La alfombra, la nave sobre el mar, es la cuna de Under donde Jac lo desnuda parsimoniosamente o lo desgarrar desesperada por conocer lo que siempre ha sabido. Poc ha logrado sacar sus ojos de la oscuridad. Under se erige. Su vello es una trampa escondida en la selva para atrapar y lacerar a los animales relatándoles los detalles de su propia muerte. Jac busca la región espesa y abre sus piernas; camina por el cuerpo de Under y en él se sumerge; sus piernas se elevan.

El rumor anillado que cubre una línea de fuego entra en la espesura y devela una curva, una membrana translúcida para desgarrarla. La queja de Jac es una imagen fatua. Vera se acerca y arrulla a la pareja. La boca de Poc se abre dentro del vientre de Jac para recibir la sangre, la mezcla de nombres y la vibración del calor. Vera se comprime sobre sí mismo y reduce la escena a un punto que gira alrededor del sol en el instante largo, tenso en que surge la tercera señal, la última, la líquida y penetra la boca, la garganta de Poc donde se inicia el viaje que gestará a un nuevo ser cuyo feto, hoy, cuando todo ha cambiado, ha sido abandonado a la humedad de la tierra.

Jac liberta el miembro vacío; la hierba se desploma en la llanura. Una corriente de frío la vuelca de espaldas. Alcanza aún a reconocer a Vera que huye y despoja el lugar después de robar a los cadáveres. La luz abierta ahora sella las paredes, los muebles, la alfombra; dilata la estatura de Jac, la agiganta: Poc la abandona en el último intento por reconocerse en el caos. Jac no ha bebido del líquido y una obscenidad ablanda su boca. Vera destruye el cuarto y trastorna la virginidad de la tierra. La sangre de Jac es arrojada al abismo.

Under abre los ojos sobre el páramo. No hay puertas ni ventanas en la casa que guarda su retrato. No habla, no se queja porque habita una casa ajena, comprada por Poc en ese conglomerado de edificios recién construidos en el centro de la ciudad. Sólo encuentra, hoy que nadie lo visita, la expresión final de la cara de las niñas en su pintura. Frota el pincel sobre la mano, sobre la tela de su ropa, sobre el cuadro para fijar la pureza de la mirada, la paz del cabello, la tranquilidad del paisaje que habitan las niñas. Pero su trazo se vicia a fuerza de silencio.

